

Si, la humildad cristiana, en cambio de algunos sacrificios, produce grandes ventajas, hasta en los asuntos mas distantes de la devocion. El soberbio compra muy caro su satisfaccion propia; y no advierte que la víctima que inmola á ese ídolo que ha levantado en su corazon, son á veces sus intereses mas caros, es la misma gloria en pos de la cual tan desalado corre.

§ XIV.

Daños acarreados por la vanidad y la soberbia.

¡Cuántas reputaciones se ajan, cuando no se destruyen, por la miserable vanidad! ¡cómo se disipa la ilusion que inspira un gran nombre, si al acercársele os encontrais con una persona que solo habla de sí misma! ¡Cuántos hombres, por otra parte recomendabilísimos, se deslustran, y hasta se hacen objeto de burla, por un tono de superioridad que choca é irrita, ó atrae los envenenados dardos de la sátira! ¡Cuántos se empeñan en negocios funestos, dan pasos desastrosos, se desacreditan ó se pierden, solo por haberse entregado á su propio pensamiento de una manera exclusiva, sin dar ninguna importancia á los consejos, á las reflexiones ó indicaciones de los que veian mas claro, pero que tenian la desgracia de ser mirados de arriba abajo, á una distancia inmensa, por ese dios mentido que habitando allá en el fantástico empireo fabricado por su vanidad, no se dignaba descender á la infima region donde mora el vulgo de los modestos mortales!

¿Y para qué necesitaba él consultar á nadie? La elevacion de su entendimiento, la seguridad y acierto de su juicio, la fuerza de su penetracion, el alcance de su previ-

sion, la sagacidad de sus combinaciones, ¿no son ya cosas proverbiales? El buen resultado de todos los negocios en que ha intervenido, ¿á quién se debe sino á él? Si se han superado gravísimas dificultades, ¿quién las ha superado sino él? Si todo no lo han echado á perder sus compañeros, ¿quién lo ha evitado sino él? ¿Qué pensamiento se ha concebido de alguna importancia que no le haya concebido él? ¿Qué ocurrencia habrán tenido los otros que con mucha anticipacion no la hubiese tenido él? ¿De qué hubiera servido cuanto hayan escogitado los demas, si no lo hubiese rectificado, enmendado, ilustrado, agrandado, dirigido él?

Contempladle: su frente altiva parece amenazar al cielo; su mirada imperiosa exige sumision y acatamiento; en sus labios asoma el desden hácia cuanto le rodea; en toda su fisonomia vereis que rebosa la complacencia en sí propio; la afectacion de sus gestos y modales os presenta un hombre lleno de sí mismo, que procede con excesiva compostura, como si temiese derramarse. Toma la palabra; resignaos á callar. ¿Replicais? no escucha vuestras réplicas, y sigue su camino; ¿insistis otra vez? el mismo desden, acompañado de una mirada que exige atencion é impone silencio. Está fatigado de hablar, y descansa; entre tanto aprovechais la ocasion de esponer lo que intentabais hace largo rato; vanos esfuerzos! el semi-dios no se digna prestaros atencion; os interrumpe cuando se le antoja, dirigiendo á otros la palabra, si es que no estaba absorto en sus profundas meditaciones, arqueando las cejas, y preparándose á desplegar nuevamente sus labios con la magestuosa solemnidad de un oráculo.

¿Cómo podia menos de cometer grandes yerros un hom-

bre tan fatuo? y de esa clase hay muchos, por mas que no siempre llegue la fatuidad á una exageracion tan repugnante. Desgraciado el que desde sus primeros años no se acostumbra á rechazar la lisonja, á dar á los elogios que se le tributan el debido valor; que no se concentra repetidas veces, para preguntarse si el orgullo le ciega, si la vanidad le hace ridículo, si la escesiva confianza en su propio dictámen le extravía y le pierde. En llegando á la edad de los negocios, cuando ocupa ya en la sociedad una posicion independiente, cuando ha adquirido cierta reputacion merecida ó inmerecida, cuando se ve rodeado de consideracion, cuando ya tiene inferiores, las lisonjas se multiplican y agrandan, los amigos son menos francos y menos sinceros, y el hombre abandonado á la vanidad que dejó desarrollarse en su corazon, sigue cada dia con mas ceguedad el peligroso sendero, hundiéndose mas y mas en ese ensimismamiento, en ese goce de si mismo, en que el amor propio se exagera hasta un punto lamentable, degenerando, por decirlo así, en una *egolatria*.

§ XV.

El orgullo.

La exageracion del amor propio, la soberbia, no siempre se presenta con un mismo carácter. En los hombres de temple fuerte y de entendimiento sagaz es orgullo; en los flojos y poco avisados es vanidad. Ambos tienen un mismo objeto, pero emplean medios diferentes. El orgulloso sin vanidad, tiene la hipocresía de la virtud; el vanidoso tiene la franqueza de su debilidad. Lisonjead al orgulloso, y rechazará la lisonja, temeroso de dañar á su reputacion ha-

ciéndose ridículo; de él se ha dicho con mucha verdad que es demasiado orgulloso para ser vano. En el fondo de su corazon siente viva complacencia en la alabanza; pero sabe muy bien que este es un incienso honroso mientras el ídolo no manifiesta deleitarse en el perfume; por esto no os pondrá jamás el incensario en la mano, ni consentirá que le hagais undular demasiado cerca. Es un dios á quien agrada un templo magnífico, y un culto esplendoroso; pero manteniéndose él escondido en la misteriosa oscuridad del santuario.

Esto probablemente es mas culpable á los ojos de Dios, pero no atrae con tanta frecuencia el ridículo de los hombres. Con tanta frecuencia digo, porque difícilmente se alberga en un corazon el orgullo, sin que á pesar de todas las precauciones, degenera en vanidad. Aquella violencia no puede ser duradera; la ficcion no es para continuada por mucho tiempo. Saborearse en la alabanza y mostrar desden hácia ella; proponerse por objeto principal el placer de la gloria, y aparentar que no se piensa en ella, es demasiado fingir para que al través de los mas tupidos velos no se descubra la verdad. El orgulloso á quien he descrito mas arriba, no podia llamarse propiamente vano, y no obstante, su conducta inspiraba algo peor que la vanidad misma: sobre la indignacion provocaba tambien la burla.

§ XVI.

La vanidad.

El simplemente vano no irrita, escita compasion, presta pábulo á la sátira. El infeliz no desprecia á los demas hombres, los respeta, quizás los admira y teme. Pero padece

una verdadera sed de alabanza; y no como quiera, sino que necesita oírle él mismo, asegurarse de que en efecto se le alaba, complacerse en ella con delectación morosa, y corresponder á las buenas almas que le favorecen, expresando con una inocente sonrisita su íntimo goce, su dicha, su gratitud.

¿Ha hecho alguna cosa buena? Ah! habladle de ella por piedad, no le hagáis padecer. ¿No veis que se muere por dirigir la conversación hácia sus glorias? Cruel! que os desentendeis de sus indicaciones, que con vuestra distracción, con vuestra dureza, le obligareis á aclararlas mas y mas hasta convertirlas en súplicas.

En efecto, ¿ha gustado lo que él ha dicho ó escrito ó hecho? ¡Qué felicidad! Y es necesario que se advierta que fué sin preparación, que todo se debió á la fecundidad de su vena, á una de sus felices ocurrencias. ¿No habeis notado cuántas bellezas, cuántos golpes afortunados? Por piedad no apartéis la vista de tantas maravillas, no introduzcáis en la conversación especies inconducentes, dejadle gozar de su beatitud.

Nada de la altivez satánica del orgulloso; nada de hipocresía; un inesplicable candor se retrata en su semblante; su fisonomía se dilata agradablemente; su mirada es afable, es dulce, sus modales atentos; su conducta complaciente; el desgraciado está en actitud de suplicante, teme que una imprudencia no le arrebatase su dicha suprema. No es duro, no es insultante, no es ni siquiera esclusivo, no se opone á que otros sean alabados; solo quiere participar.

¡Con qué ingenua complacencia refiere sus trabajos y aventuras! En pudiendo hablar de sí mismo, su palabra es

inestinguible. A sus alucinados ojos, su vida es poco menos que una epopeya. Los hechos mas insignificantes se convierten en episodios de sumo interés, las vulgaridades en golpes de ingenio, los desenlaces mas naturales en resultado de combinaciones estupendas. Todo converge hácia él: la misma historia de su país no es mas que un gran drama del cual él es el héroe, todo es insípido si no lleva su nombre.

§. XVII.

La influencia del orgullo es peor para los negocios que la de la vanidad.

Este defecto, aunque mas ridiculo que el orgullo, no tiene sin embargo tantos inconvenientes para la práctica. Como es una complacencia en la alabanza mas bien que un sentimiento fuerte de superioridad, no ejerce sobre el entendimiento un influjo tan maléfico. Estos hombres son por lo comun de un carácter flojo, como lo manifiesta la misma debilidad con que se dejan arrastrar por su inclinación. Así es, que no suelen desechar como los orgullosos el consejo ajeno, y aun muchas veces se adelantan á pedirle. No son tan altivos que no quieran recibir nada de nadie; y además, se reservan el derecho de explotar despues el negocio para formar su pomito de olor de vanagloria en que se puedan deleitar. ¿Es poco por ventura si el asunto sale bien, el gusto de referir todo lo que pensó el que le condujo, y la sagacidad con que conoció las dificultades, y el tino con que procedió para vencerlas, y la prudencia con que tomó consejo de personas entendidas, y lo mucho que el aconsejado ilustró el juicio del consejero? No deja de haber en esto una mina abundante, que á su debido tiempo será explotada cual conviene.

§ XVIII.

Cotejo entre el orgullo y la vanidad.

El orgullo tiene mas malicia, la vanidad mas flaqueza; el orgullo irrita, la vanidad inspira compasion; el orgullo concentra, la vanidad disipa; el orgullo sugiere quizás grandes crímenes, la vanidad ridiculas miserias; el orgullo está acompañado de un fuerte sentimiento de superioridad é independencia, la vanidad se aviene con la desconfianza de sí mismo, hasta con la humillacion; el orgullo tiende los resortes del alma, la vanidad los afloja; el orgullo es violento, la vanidad es blanda; el orgullo quiere la gloria, pero con cierta dignidad, con cierto predominio, con altivez, sin degradarse; la vanidad la quiere tambien, pero con lánguida pasion, con abandono, con molicie; podria llamarse la afeccion del orgullo. Asi la vanidad es mas propia de las mugeres, el orgullo de los hombres; y por la misma razon, la infancia tiene mas vanidad que orgullo, y este no suele desarrollarse sino en la edad adulta.

Si bien es verdad que en teoria estos dos vicios se distinguen por las cualidades espresadas, no siempre se encuentran en la práctica con señales tan características. Lo mas comun es hallarse mezclados en el corazon humano, teniendo cada cual, no solo sus épocas, sino sus dias, sus horas, sus momentos. No hay una línea divisoria que separe perfectamente los dos colores, hay una gradacion de matices, hay irregularidad en los rasgos, hay ondas, aguas, que solo descubre quien está acostumbrado á desenvolver y contemplar los complicados y delicados pliegues del humano corazon. Y aun si bien se mira, el orgullo y la vanidad son

una misma cosa con distintas formas; es un mismo fondo que ofrece distintos cambiantes segun el modo con que le da la luz. En todo hay la exageracion del amor propio, el culto de sí mismo. El ídolo está cubierto con tupido velo, ó se presenta á los adoradores con faz risueña y atractiva; mas por esto no varia; es el hombre que se ha levantado á sí propio un altar en su corazon, y se tributa el incienso, y desea que se lo tributen los demas.

§ XIX.

Cuán general es dicha pasion.

Puede asegurarse sin temor de errar, que esta es la pasion mas general, la que admite menos escepciones, quizás ninguna, aparte las almas privilegiadas sumergidas en la purísima llama de un amor celeste. La soberbia ciega al ignorante como al sabio, al pobre como al rico, al débil como al poderoso, al desventurado como al feliz, á la infancia como á la vejez; domina al libertino, no perdona al austero, campea en el gran mundo, y penetra en el retiro de los claustros; rebosa en el semblante de la altiva señora, que reina en los salones por la nobleza de su linage, por sus talentos y hermosura; pero se trasluce tambien en la tímida palabra de la humilde religiosa, que salida de familia oscura, se ha encerrado en el monasterio, desconocida de los hombres, sin mas porvenir en la tierra que una sepultura ignorada.

Encuéntanse personas exentas de liviandad, de codicia, de envidia, de odio, de espíritu de venganza; pero de esa exageracion del amor propio, que segun es su forma, se llama orgullo ó vanidad, casi nadie, bien podria decirse na-

die. El sabio se complace en la narración de los prodigios de su saber, el ignorante se saborea en sus necesidades; el valiente cuenta sus hazañas, el galán sus aventuras; el avariento ensalza sus talentos económicos, el pródigo su generosidad; el ligero pondera su viveza, el tardío su aplomo; el libertino se envanece por sus desórdenes, y el austero se deleita en que su semblante muestre á los hombres la mortificación y el ayuno.

Este es sin duda el defecto mas general; esta es la pasión mas insaciable cuando se le da rienda suelta; la mas insidiosa, mas sagaz para sobreponerse cuando se la intenta sujetar. Si se la domina un tanto á fuerza de elevación de ideas, de seriedad de espíritu y firmeza de carácter, bien pronto trabaja por explotar esas nobles cualidades, dirigiendo el ánimo hácia la contemplación de ellas; y si se la resiste con el arma verdaderamente poderosa y única eficaz, que es la humildad cristiana, á esta misma procura envanecerla poniéndola asechanzas para hacerla perecer. Es un réptil que si le arrojamos de nuestro pecho, se arrastra y enroscá á nuestros pies; y cuando pisamos un extremo de su flexible cuerpo, se vuelve y nos hiere con emponzoñada picadura.

§ XX.

Necesidad de una lucha continua.

Siendo esta una de las miserias de la flaca humanidad, preciso es resignarse á luchar con ella toda la vida; pero es necesario tener siempre fija la vista sobre el mal, limitarle al menor círculo posible; y ya que no sea dado á nuestra debilidad el remediarlo del todo, al menos no dejarle que

progrese, evitar que cause los estragos que acostumbra. El hombre que en este punto sabe dominarse á si mismo, tiene mucho adelantado para conducirse bien; posee una cualidad rara, que luego producirá sus buenos resultados, perfeccionando y madurando el juicio, haciendo adelantar en el conocimiento de las cosas y de los hombres, y adquiriendo esa misma alabanza que tanto mas se merece cuanto menos se busca.

Removido el óbice, es mas fácil entrar en el buen camino; y libre la vista de esa niebla que la ofusca, no es tan peligroso estraviarse.

§ XXI.

No es solo la soberbia lo que nos induce á error al proponernos un fin.

Para proponerse acertadamente un fin, es necesario comprender perfectamente la posición del que le ha de alcanzar. Y aquí repetiré lo que llevo indicado mas arriba, y es que son muchos los hombres que marchan á la aventura, ya sea no fijándose en un fin bien determinado, ya no calculando la relación que este tiene con los medios que se pueden emplear. En la vida privada como en la pública, es tarea harto difícil el comprender bien la posición propia. El hombre se forma mil ilusiones que le hacen equivocar sobre el alcance de sus fuerzas, y la oportunidad de desplegarlas. Sucede con mucha frecuencia que la vanidad las exagera; pero como el corazón humano es un abismo de contradicciones, tampoco es raro el ver que la pusilanimidad las disminuye mas de lo justo. Los hombres levantan con demasiada facilidad encumbradas torres de Babel, con la insensata esperanza de que la cima podrá tocar al cielo;

pero tambien les acontece desistir pusilánimes hasta de la construccion de una modesta vivienda. Verdaderos niños que ora creen poder tocar el cielo con la mano, en subiendo á una colina, ora toman por estrellas que brillan á inmensa distancia en lo mas elevado del firmamento, bajas y pasajeras exhalaciones de la atmósfera sublunar. Quizás se atreven á mas de lo que pueden; pero tampoco es raro ver que no pueden porque no se atreven.

¿Cuál será en estos casos el verdadero criterio? Pregunta á que es difícil contestar, y sobre la cual solo caben reflexiones muy vagas. El primer obstáculo que se encuentra es que el hombre se conoce poco á sí mismo; y entonces ¿cómo sabrá lo que puede y lo que no puede? Se dirá que con la esperiencia: es cierto; pero el mal está en que esa esperiencia es larga, y que á veces da su fruto cuando la vida toca á su término.

§ XXII.

Desarrollo de fuerzas latentes.

Hay en el espíritu humano muchas fuerzas que permanecen en estado de *latentes* hasta que la ocasion las despierta y aviva; el que las posee no lo sospecha siquiera, quizás baja al sepulcro sin haber tenido conciencia de aquel precioso tesoro, sin que un rayo de luz reflejara en aquel diamante que hubiera podido embellecer la mas esplendente diadema.

¿Cuántas veces una escena, una lectura, una palabra, una indicacion, remueve el fondo del alma, y hace brotar de ella inspiraciones misteriosas! Fria, endurecida, inerte ahora, y un momento despues surge de ella un raudal de fue-

go que nadie sospechara oculto en sus entrañas. ¿Qué ha sucedido? Se ha removido un pequeño obstáculo que impedía la comunicacion con el aire libre, se ha presentado á la masa eléctrica un punto atrayente, y el fluido se ha comunicado y dilatado con la celeridad del pensamiento.

El espíritu se desenvuelve con el trato, con la lectura, con los viages, con la presencia de grandes espectáculos; no tanto por lo que recibe de fuera, como por lo que descubre dentro de sí. ¿Qué le importa el haber olvidado lo visto ú oído ó leído, si se mantiene viva la facultad que el afortunado encuentro le revelara? El fuego prendió, arde sin extinguirse, poco importa que se haya perdido la tea.

Las facultades intelectuales y morales se escitan tambien como las pasiones. A veces un corazon inesperto duerme tranquilamente el sueño de la inocencia. Sus pensamientos son puros como los de un ángel, sus ilusiones candidas como el copo de nieve que cubre de blanquísima alfombra la dilatada llanura; pasó un instante; se ha corrido un velo misterioso; el mundo de la inocencia y de la calma desapareció, y el horizonte se ha convertido en un mar de fuego y de borrascas. ¿Qué ha sucedido? Ha mediado una lectura, una conversacion imprudente, la presencia de un objeto seductor. Hé aqui la historia del despertar de muchas facultades del alma. Criada para estar unida con el cuerpo con lazo incomprendible, y para ponerse en relacion con sus semejantes, tiene como ligadas algunas de sus facultades, hasta que una impresion exterior viene á desenvolverlas.

Si supiéramos con qué disposiciones nos ha dotado el Autor de la naturaleza, no seria difícil ponerlas en accion,

ofreciéndoles el objeto que mas se les adapta, y que por lo mismo las escita y desarrolla; pero como al encontrarse el hombre engolfado en la carrera de la vida ya le es muchas veces imposible volver atras deshaciendo todo el camino que la educacion y la profesion escogida ó impuesta le han hecho andar, es necesario que acepte las cosas tales como son, aprovechándose de lo bueno, y evitando lo malo en lo que le sea posible.

§ XXIII.

Al proponernos un fin, debemos guardarnos de la presuncion y de la escelsiva desconfianza.

Sea cual fuere su carrera, su posicion en la sociedad, sus talentos, inclinaciones ó índole, nunca el hombre debe prescindir de emplear su razon, ya sea para prefijarse con acierto el fin, ya para echar mano de los medios mas á propósito para llegar á él.

El fin ha de ser proporcionado á los medios, y estos son las fuerzas intelectuales, morales ó físicas, y demas recursos de que se puede disponer. Proponerse un blanco fuera del alcance, es gastar inútilmente las fuerzas; así como es desperdiciarlas, esponiéndolas á disminuirse por falta de ejercicio, el no aspirar á lo que la razon y la esperiencia dicen que se puede llegar.

§ XXIV.

La pereza.

Si bien es cierto que la prudencia aconseja ser mas bien desconfiado que presuntuoso, y que por lo mismo no conviene entregarse con facilidad á empresas arduas, tambien importa no olvidar que la resistencia á las sugerencias del

orgullo ó de la vanidad, puede muy bien explotarla la pereza.

La soberbia es sin duda un mal consejero, no solo por el objeto á que nos conduce, sino tambien por la dificultad que hay en guardarse de sus insidiosos amaños; pero es seguro que poco falta si no encuentra en la pereza una digna competidora. El hombre ama las riquezas, la gloria, los placeres, pero tambien ama mucho el no hacer nada; esto es para él un verdadero goce, al que sacrifica á menudo su reputacion y bienestar. Dios conocia bien la naturaleza humana, cuando la castigó con el trabajo; el comer el pan con el sudor de su rostro es para el hombre una pena continua, y frecuentemente muy dnra.

§ XXV.

Una ventaja de la pereza sobre las demas pasiones.

La pereza, es decir, la pasion de la inaccion, tiene para triunfar una ventaja sobre las demas pasiones, y es el que no exige nada; su objeto es una pura negacion. Para conquistar un alto puesto es preciso mucha actividad, constancia, esfuerzos; para grangearse brillante nombradía es necesario presentar títulos que la merezcan, y estos no se adquieren sin largas y penosas fatigas; para acumular riquezas es indispensable atinada combinacion y perseverante trabajo; hasta los placeres mas muelles no se disfrutan si no se anda en busca de ellos, y no se emplean los medios conducentes. Todas las pasiones, para el logro de su objeto, exigen algo; solo la pereza no exige nada. Mejor la contentais estando sentado que en pie, mejor echado que sentado, mejor soñoliento que bien despierto. Parece ser la

tendencia á la misma nada; la nada es al menos su solo límite; cuanto mas se acerca á ella el perezoso, en su modo de ser, mejor está.

§ XXVI.

Origen de la pereza.

El origen de la pereza se halla en nuestra misma organización, y en el modo con que se ejercen nuestras funciones. En todo acto hay un gasto de fuerza, hay pues un principio de cansancio, y por consiguiente de sufrimiento. Cuando la pérdida es insignificante, y solo ha transcurrido el tiempo necesario para desplegar la acción de los órganos ó miembros, el sufrimiento no existe todavía, y hasta puede existir cierto placer; mas bien pronto la pérdida se hace sensible, y el cansancio empieza. Por esta causa no hay perezoso que no emprenda repetidas veces y con gusto algunos trabajos; y quizás por la misma razón también, los mas vivos no son los mas laboriosos. La intensidad con que ponen en ejercicio sus fuerzas, debe de escitar en ellos mas pronto que en otros, la sensación de cansancio; por cuyo motivo se acostumbrarán mas fácilmente á mirar el trabajo con aversión.

§ XXVII

Pereza del espíritu.

Como el ejercicio de las facultades intelectuales y morales necesita la concomitancia de ciertas funciones orgánicas, la pereza tiene lugar en los actos del espíritu como del cuerpo. No es el espíritu quien se cansa, sino los órganos corporales que le sirven; pero el resultado viene á ser el

mismo. Así es que hay á veces una pereza de pensar y aun de querer, tan poderosa como la de hacer cualquier trabajo corpóreo. Y es de notar que estas dos clases de pereza no siempre son simultáneas, pudiendo existir la una sin la otra. La experiencia atestigua que la fatiga puramente corporal, ó del sistema muscular, no siempre produce postración intelectual y moral; y no es raro estar sumamente fatigado de cuerpo, y sentir muy activas las facultades del espíritu. Al contrario, despues de largos é intensos trabajos mentales, á veces se experimenta un verdadero placer en ejercitar las fuerzas físicas, cuando las intelectuales han llegado ya á un estado de completa postración. Estos fenómenos no son difíciles de explicar, si se advierte que las alteraciones del sistema muscular distan mucho de guardar proporción con las del sistema nervioso.

§ XXVIII.

Razones que confirman lo dicho sobre el origen de la pereza.

En prueba de que la pereza es un instinto de precaución contra el sufrimiento que nace del ejercicio de las facultades, se puede observar: 1.º que cuando este ejercicio produce placer, no solo no hay repugnancia á la acción, sino que hay inclinación hácia ella; 2.º que la repugnancia al trabajo es mas poderosa antes de empezarle, porque entonces es necesario un esfuerzo para poner en acción los órganos ó miembros; 3.º que la repugnancia es nula cuando desplegado ya el movimiento, no ha transcurrido aun el tiempo suficiente para hacer sentir el cansancio que nace del quebranto de las fuerzas; 4.º que la repugnancia renace, y se aumenta á medida que este quebranto se verifica; 5.º que